introdujo despues á título de civilizacion en las leyes, en las instituciones, en las costumbres, y hasta cierto punto en la naturaleza de las sociedades modernas. En el seno del paganismo y de la barbarie realizó, contra y á despecho de las costumbres de la época, obras maestras de sociabilidad, que han servido de tipo á los reformadores de que mas nos enorgullecemos. La igualdad en las leyes, la tolerancia en las costumbres, esa necesidad de justicia en las instituciones, esa preponderancia siempre creciente del derecho sobre el hecho, de la razon sobre la fuerza, y esas tendencias universales de humanidad, de fraternidad, de fusion universal y de unidad que caracterizan á nuestro siglo, eran cosas puramente cristianas, mucho tiempo antes de ser legales, civiles y sociales. Aun en la actualidad, las instituciones y las obras del catolicismo esceden con mucho á toda nuestra civilizacion, y forman su vanguardia. La civilizacion no es perfecta todavía, y aunque sin cesar tiende á serlo, jamas llegará al reino entero del Evangelio y al poder de su caridad. Para conocer la medida de este poder y para verlo en accion, es menester ecsaminar y calcular el poder de la miseria humana. En todas partes donde se encuentre esta, vereis brillar aquella. No hay una sola necesidad de nuestra naturaleza á cuyo lado no haya colocado el cristianismo un beneficio; no hay miseria para la cual no haya inventado un socorro, y todo con plenitud, una delicadeza y un desinteres cuyos efectos causan á veces envidia á los mismos favoritos de la civilizacion. Hasta el bien que la sociedad hace en obras filantrópicas, ademas de ser inspirado por las costumbres cristianas, necesita en definitiva pasar por la punta *magnética* de la caridad, por la mano y los dedos de sus apóstoles, para llegar con delicadeza y perseverancia hasta los males que tiene por objeto. Y á mas de los males que la sociedad alivia de este modo, hay una multitud de otros que están absolutamente fuera de la esfera de su beneficencia, y que solo la religion busca con celo infatigable y consuela con maravilloso resultado. Puede decirse del cristianismo lo que la *Biblia* dice de Dios: todos los dias abre su mano y alimenta todo lo que respira. Es el ojo del ciego, el pié del cojo, el oido del sordo, el institutor del niño, el apoyo del anciano, el guardador del loco, el visitador del prisionero, el padre de los huérfanos, el enfermero de las dolencias, el limosnero de los pobres, el abogado de los oprimidos, y el misericordioso regenerador de todos los culpables. A mas de los males que constituyen como el patrimonio de la naturaleza humana, hay otros que corresponden á los tiempos, á los lugares, á los accidentes, y que el cristianismo procura tambien aliviar ó curar con una maravillosa caridad. Por mucho tiempo ha sido el hospitalario de los viajeros, el compañero del leproso, el redentor de los hombres y el emancipador de los esclavos; y cuando los grandes azotes de la guerra, el hambre, la inundacion ó la peste, se derraman sobre los pueblos, se le ve aumentar en sus sacrificios y acomodarse con alegría á todos los peligros. Todo esto lo hace el cristianismo siempre, en todas partes, sin interrupcion, sin fausto sobre todo, y hasta sin ningun esfuerzo; todo es natural en él, hasta el punto de que no lo notemos: tan habituado se halla el mundo á todas sus obras. Y sin embargo, únicamente él hace todo esto; ninguna religion pudo inspirarlo jamas; la sociedad, la misma naturaleza son impotentes; en fin, es todo ello tan propio y distintivo del cristianismo, que las mismas sectas que se han separado de su centro de actividad, aun cuando continúen llamándose cristianas y que sigan inspirándose de su moral escrita, han sido desde luego heridas de incapacidad para obrar esas maravillas de caridad á pesar de todo el interes que tienen y todos los recursos humanos que emplean en simular una fecundidad de que carecen.

El cristianismo lleva, pues, en sí mismo un principio realmente sobrehumano de caridad, un poder singular y único de beneficencia, es decir, un carácter distintivo de divinidad.

Este poder es el que obrando indirectamente en torno suyo, eleva las ideas y las costumbres, las trasforma y trasfigura, y produce la civilizacion, es decir, la beneficencia social.

Para obrar de este modo en el seno de la naturaleza humana, para conservarse con un carácter de santidad siempre inviolable, con un celo de sacrificio siempre superior; para elevar á sí á esta naturaleza egoista y cruel, é irla conduciendo sin cesar hácia el bien; y para hacérselo meditar, hacérselo proyectar de continuo, y comunicarle su doble tormento, es preciso ser el Bien mismo, el Bien soberano y por esencia, y si es lícito decirlo así, en persona.

Esta reflecsion se corrobora y se confirma al ver que el cristianismo no se limita, como la beneficencia natural, á tal bien particular, al alivio de tal miseria, á la satisfaccion de las necesidades sensibles, &c.: lo abraza todo, y todo á la vez. Nada se le escapa, y no se ocupa nunca de satisfacer las necesidades fisicas, sin procurar al propio tiempo la satisfaccion de las intelectuales y morales. Al tocar los cuerpos, su divina mano penetra hasta las almas. En una palabra, su benéfica accion revela visiblemente el carácter divino de lo *absoluto*.

Lo que prueba ademas que es el Bien por esencia, es la sencillez, y hasta puede decirse la carencia de medios con que obra las mas grandes cosas. Ved sus obras: son inmensas: se forman y crecen con sorprendente rapidez; ayer no ecsistian todavía, y hoy se las encuentra en todas partes. ¿De dónde salieron, quién las engendró, quién supo tan bien preparar y concebir esa poderosa organizacion que se estiende á veces como una red mágica sobre las ciudades, las provincias, los reinos, y hasta sobre el mundo entero, jugando al rededor del globo, como dice la *Escritura* de la sabiduría de Dios: *ludens in orbe terrarum?* ¿En dónde están los planos y las máquinas de esas obras gigantescas que se deslizan sin ruido como los astros? en ninguna parte: una pobre mujer, un humilde sacerdote, alzándose un dia del pié del altar, inspirados por el celo de la caridad y mirando las cosas desde el punto de vista de Dios, vieron el bien que se podia y

debia hacer; se fueron derechos á la ejecucion; esperaron y todo siguió. Esta es la historia de todas las obras del cristianismo. Estudiadlas, si podeis, en su inmensa variedad, en sus profundas fuentes, y encontrareis invariablemente en ellas este carácter providencial de creacion. La Providencia se oculta en las obras de los hombres, ó no se manifiesta mas que accidentalmente y en tiempos de revolucion; pero en las obras del cristianismo está siempre en evidencia; crea sin cesar, sin cesar produce de la nada maravillas de beneficencia y las sostiene sobre la nada. Por esto no les da el mundo toda la importancia que se merecen, habituado como se halla por su flaqueza á no juzgar de los resultados sino por los medios. No ve las maravillas del cristianismo, del mismo modo que no ve las de la creacion. Y ¡cosa singular y cuyo contraste es muy significativo! concede el mundo marcada atencion, por lo contrario, á los que se deshacen en discursos y proyectos sobre la beneficencia, pero cuyas palabras no pasan nunca á ser accion. Se estasía ante la caridad locuaz de un romancero sibarita, y no ve la caridad en accion en la persona de un pobre sacerdote que hace mucho mas de lo que el otro escribe. Y es que el mundo no ama al bien mas que en imágen y representacion, porque lo halaga sin obligarlo, y el cristianismo es el bien mismo en realidad, es decir, en sacrificios y en resultados. Con respecto á las obras del cristianismo, la conducta y los juicios prueban que aquellas dimanan de un principio superior; su dificultad le espanta y su sencillez le disgusta; son demasiado dificiles y demasiado fáciles á la vez: demasiado dificiles al hombre, demasiado fáciles al cristiano. Este resultado es la mas manifiesta confesion de su divinidad.

El mundo, sin embargo, es arrastrado á pesar suyo y sin quererlo hácia el cristianismo; se le resiste y le obedece; y este es tambien uno de los infinitos caracteres de la accion de Dios en su religion. Desde el principio, el mundo se ha resistido siempre al cristianismo, porque el cristianismo es santo. Ninguna otra religion fué jamas el blanco de una hostilidad tan encarnizada. Pero tambien desde el principio se apoderó el cristianismo del mundo, y fué siempre mejorándolo con un mejoramiento cada vez mas creciente y que no conoce fin, porque es la verdad en su mas elevado poder. Este carácter indefinidamente perfeccionador del cristianismo, á traves de la resistencia incesante de su objeto, es admirable. Los incrédulos no niegan el hecho, al contrario, lo encuentran tan divino, que de él han sacado la doctrina panteística del progreso, es decir, de la perfeccion divina identificada con la humanidad, y uniéndose á ella cada vez mas. Pero lo que destruye esta doctrina, no decimos por medio del raciocinio, lo cual seria muy fácil, sino por el hecho, es que la humanidad no presentó nunca este fenómeno sino bajo la influencia del cristianismo. Ademas, en todas partes permaneció estacionaria é inactiva, ó activa, pero efímera en su moralidad. El progreso social continuo no ecsiste sino en la humanidad cristiana. Unicamente el cristianismo pudo domar esa bestia feroz, y sin enervarla, dejándole toda la independencia salvaje de su naturaleza, que á veces se manifiesta hasta en nuestros siglos civilizados, por medio de estravíos individuales y con frecuencia colectivos, que parece van á resucitar la antigua barbarie, no deja de conducirla hácia la civilizacion, y de conducirla casi siempre por medio de estos mismos estravíos.

Esta accion general é indirecta del cristianismo sobre la humanidad, á despecho de sus resistencias, prueba quizás mas aún su divinidad, como dijimos al principio, que la accion particular é inmediata que ejerce sobre las almas que se la someten.

Una doctrina falsa, ó á lo menos que no lleva en sí mas que una verdad relativa, puede disimular el error ó la imperfeccion que contiene, por los efectos directos que se la hacen producir en ciertas circunstancias y lugares, con la ayuda de medios ficticios y forzados; pero los efectos indirectos que no se han podido prever, las consecuencias que el tiempo le hace presentar y las resistencias que sobrevienen, no tardan mucho en hacerle traicion y en confundirla. Medida por esta regla, que es bastante severa, pero justa, no hay institucion humana que se resista, porque en efecto no hay ninguna que sea absolutamente verdadera.

Solo el cristianismo resiste la prueba; y ¡cosa notable! su verdad brilla mas cuanto mas amplia y mas profunda es aquella. Mirado de cerca, confunde al sentido humano por la profundidad de su doctrina y la severidad de sus preceptos; pero á medida que su aplicacion se estiende y profundiza en la humanidad, y va atravesando sus resistencias, van saliendo de su seno efectos generales, indirectos y sucesivos, que escitan cada vez mas la admiracion y el reconocimiento. Se descubre que tiene conveniencias y relaciones para todos los tiempos y lugares, y para todos los diferentes estados de la humanidad en la infinita diversidad de su especie. Es siempre actual; en todas partes es local ó susceptible de serlo. Se implanta lo mismo en el corazon afeminado del politeista antiguo, en el pecho del bárbaro, en la frente deprimida del cafre y del indio, y en el cerebro del europeo moderno. Se dirige á todas las edades, á todas las inteligencias, á todos los caracteres y á todos los genios. Pero sobre todo, y esto es lo mas admirable, se dirige á todas las edades de la humanidad en su duracion, é imprime á esta duracion un carácter regular de progreso en la verdad y en el bien, de los cuales es eterno alimento. Su fecundidad se aumenta cuanto mas produce, y á medida que va avanzando, se va creando una atmósfera mas espaciosa, y la llena al mismo tiempo que la crea. Lejos de condenar las ecsigencias, las provoca, ó mas bien él mismo les da lugar, y sin cesar las aumenta, con el objeto de satisfacerlas indefinidamente. De manera que, enteramente al reves de las cosas humanas, cuya vida está toda en el presente, ó cuando mas en un pasado muy corto, y para quienes el porvenir es funesto, el elemento de la vida del cristianismo está principalmente y siempre en el porvenir, como una tierra á la que la simiente que recibe la

va haciendo cada vez mas fecunda. Podriamos decir que está mas en el porvenir que en el pasado. Sin embargo, ¡qué pasado se parece al suyo! ¡Diez y ocho siglos de triunfo desde su aparicion, y cuarenta siglos anteriores de espectacion y de profecías, es decir, todo el tiempo trascurrido desde el orígen del tiempo! Pero está mas todavía en el porvenir, pues la humanidad, hecha por él cada vez mas capaz de recibir sus aplicaciones, irá recogiendo de él mismo bienes siempre mas perfectos, sin poder llegar nunca, no obstante, á la perfeccion de su divino modelo.

Tal es el cristianismo considerado en sus efectos temporales y sociales. De aquí se sigue que es por escelencia la religion de la humanidad, y por consiguiente de su Autor.

Hagamos sobre todo cuanto acabamos de decir en el presente capítulo, una consideracion general que lo resume.

Entre tantas pruebas de la divinidad del cristianismo, no quisiéramos, para llamar la atencion de algun incrédulo de buena fé, mas que la siguiente:

Un hecho cierto y su necesaria consecuencia.

Este hecho cierto consiste en que las tinieblas de la supersticion cubrian el globo, y que la idolatría, el politeismo y todas sus prácticas insensatas y degradantes, es decir, el error mas grosero y los mas impúdicos vicios, eran el estado constante y universal de la especie humana, y se reflejaban en las sociedades por la violacion de todos los vínculos sociales de los hombres entre sí, haciéndolos pasar del yugo de la violencia al de una irremediable corrupcion;—que únicamente el cristianismo arrancó el mundo á esta perniciosa influencia, completamente y sin retroceso, desde el momento en que apareció y en todas partes donde brilló, y que el culto, en espíritu y verdad, de un Dios tres veces santo, criador, salvador y remunerador, con todas sus benéficas emanaciones y todas sus aplicaciones sociales, es decir, aquella sublime filosofía de la ley natural, purificada de toda alianza, que las mas elevadas inteligencias de la antigüedad no hicieron mas que entrever, se convirtió por su medio en la ciencia práctica y vulgar de todos los espíritus sin distincion, en el encanto de los corazones, en el sentido comun de los pueblos, y como en el ambiente de la naturaleza humana;—que en donde no penetró el cristianismo, subsistió sin ninguna modificacion el mismo antiguo estado de supersticion y de grosera idolatría, y que vemos aún sus tinieblas agrupadas é inmóviles en la estremidad del horizonte cristiano, sin que puedan desaparecer por sí mismas, tan inherentes son á la flaqueza humana, ni subir á turbar la serenidad de nuestro cielo, tan poderoso es el cristianismo para contenerlas;—que regiones en otro tiempo libradas como nosotros de estas tinieblas por el cristianismo, y que brillaron bajo su influencia con todo el esplendor de la inteligencia y de la virtud, habiendo dejado de obedecerle, en Africa y Asia, volvieron á caer desde luego en el embrutecimiento y abyeccion de las razas degeneradas, y permanecen hace muchos siglos estacionarias en la noche en que las dejó el cristianismo al retirarse;—en fin, que esa actividad de las facultades morales, intelectuales y sociales, ese desarrollo progresivo de luces y de humana sociabilidad que llamamos civilizacion, ese continuo perfeccionamiento que en todas las cosas apetece siempre lo mejor, y que á pesar de sus equivocaciones y abusos, es evidentemente la fé y el fin de la humanidad; que la civilizacion, decimos, en todo cuanto merece tan bello nombre, es efecto de una virtud atractiva del Evangelio, sigue por todas partes los pasos de sus apóstoles, se eclipsa ó reaparece con su culto, se altera ó se mejora, segun que se apartan de él ó se le acercan, y es como su irradiacion.

Este es el hecho cierto, acaso el mejor caracterizado de todos cuantos se pueden presentar.

He aquí su necesaria consecuencia:

Luego hay en el cristianismo algo que eleva y sostiene la razon, el corazon, la sociabilidad, todo el edificio de la naturaleza humana, á una altura á que sin él no puede llegar, y que por él va sin cesar aumentándose; un principio que en todas partes donde se pone en contacto con la humanidad, cualquiera que esta sea, pagana ó bárbara, salvaje ó culta, decrépita ó naciente, realiza en todos sus miembros indistintamente una perfecoion de inteligencia, moralidad y civilizacion, que no pudo darse á sí misma jamas, á pesar de todos los esfuerzos de cuarenta siglos anteriores á la revelacion de este principio; de la cual se ha visto eternamente privada en todos los lugares donde él no habia aún penetrado; la cual no ha podido conservar en las regiones que él ha abandonado; luego este principio, decimos, viene de otra parte que de esta misma humanidad, é implica la intervencion regeneradora de su primer Autor; probaria la ecsistencia de este supremo Autor, si no lo estuviese ya por la ecsistencia de la humanidad misma, y la prueba mas aún, porque la ecsistencia de Dios no resulta de la grande obra de la creacion y de la humanidad, que es su reina, sino por via de induccion, y se encuentra oscurecida en ella por aquel gran misterio de desórden que parece acusar al autor de la obra, mientras que el principio cristiano nos hace asistir á la operacion misma de Dios en nosotros y en torno nuestro, nos da la conviccion de su esperiencia, lo justifica de la imputacion de nuestros desórdenes, reparándolos, y lo revela por medio de caractéres de verdad, de santidad y de amor, que lo hacen visible á nuestro espíritu, sensible á nuestro corazon, palpable hasta cierto punto á nuestros sentidos, y realizan aquel hermoso nombre con que él mismo quiso hacerse llamar: DIOS-CON-NOSOTROS.

CAPITULO VIII.

ESTABILIDAD DEL CRISTIANISMO EN LA PERPETUIDAD DE SU CONSTITUCION CATÓLICA.

Para hacer entrar tantas y tan vastas consideraciones en el estrecho espacio á que hemos tenido que reducirnos en el capítulo anterior, nos ha sido preciso darlas en síntesis, y prescindir de todas sus aplicaciones. De otro modo, apenas nos hubiera bastado para esta sola materia una obra de la estension de la que vamos á terminar. De esta imperfeccion resultará sin duda que los que se sienten inclinados por su prevencion á contradecir aquellas consideraciones, las encontrarán incompletas. Por otra parte, no ignoramos que para ellos son necesarias demostraciones rigurosas, y que á veces ni con esto se contentan; pero esperamos tambien que los talentos meditabundos y sinceros [cuyo número va aumentándose todos los dias], que aman la verdad hasta bajo sus velos, y que tendrian á escrúpulo el hacerla solidaria de la debilidad de sus apologías, sabrán reconocerla y comprenderla á pesar de la insuficiencia de nuestra esposicion, y acaso hasta se la apropiarán con tanta mas razon, cuanto que les habremos dejado mas trabajo para acabar de conocerla.

Por lo que á nosotros toca, tenemos conciencia de esta verdad en todo cuanto sobre ella acabamos de decir, y habremos llenado nuestro objeto, si hemos podido comunicarla en este simple estado de conciencia, que por lo demas es el postrer resultado de toda demostracion, lo mismo que su principio, y hasta puede prescindir de ella.

Sin embargo, creemos deber entrar, aunque por un momento, antes de terminar los presentes *Estudios*, en un terreno mas firme contra las ecsigencias del error, y llegar á sentarnos sobre esa roca de la Iglesia de Jesucristo, fundamento de todo cristianismo verdadero, y prueba material siempre creciente de su divinidad.

Esta prueba es demasiado considerable para no habernos debido llamar la atencion muchas veces en el curso de estos *Estudios;* con frecuencia hemos hablado de ella, y sin embargo tenemos necesidad de terminar por ella, porque parece mas particularmente la prueba de nuestra época, hecha mas elocuente por las grandes ruinas que acabamos de atravesar, y por las que nos amenazan á medida que vamos rehabilitándonos, y en medio de las cuales aquella *piedra*, colocada por la mano de Jesucristo, se sostiene y descuella sola despues de diez y ocho siglos, como la única piedra de esperanza para el porvenir.

Invitamos á todos los que nos han hecho el honor de seguirnos en el ecsámen de las varias partes del edificio cristiano, á echar con nosotros una mirada, la postrera, sobre ese gigantesco todo de la Iglesia, cuyas gradaciones son siglos y que va siempre elevándose; sobre el hecho inconmensurable de la estabilidad y perpetuidad de la Iglesia de Jesucristo en su visible constitucion terrestre, es decir, en el Papado.

Por esto se ha hecho fácil nuestra tarea; no tenemos mas que hacer que callar y dejar que hablen los mismos que no participan de nuestra fé: su incredulidad se conmueve y destruye por sí misma ante esta gran manifestacion de la verdad. Debemos con tanto mas motivo hablar así, supuesto que, ademas de la autoridad que consigo lleva la confesion, el lenguaje de la incredulidad tiene, cuando se ve obligada á rendir homenaje á la verdad que le es contraria, una fuerza, una originalidad y una franqueza de espresion que nosotros, creyentes, no podemos encontrar, por la razon de que la fé y el hábito de la verdad nos la hacen demasiado identificados con ella, y no nos entusiasma, porque la poseemos mientras que cuando la buena fé del incrédulo, en los intervalos lucidos de su prevencion, le permite ver la verdad, la ve mejor hasta cierto punto, porque la ve desde fuera y á alguna distancia; siente mejor su fuerza, porque está luchando con ella, y ella lo posee tanto mejor, cuanto que él no la posee á ella.

Habráse podido notar ya esto en las citas de la incredulidad, de que por esta causa hemos procurado sembrar nuestros *Estudios*, pues es una gran prueba de la verdad de una doctrina, el que sus adversarios la confiesen y hablen á veces de ella mejor aún que sus partidarios, y esto es lo que vamos á poner de manifiesto en los testimonios que produciremos respecto del grande asunto del presente capítulo.

Tres historiadores, profesores de la protestante Alemania, Hurter, Voigt y Ranke, se han dedicado, cada uno separadamente, al estudio del Papado. El primero, que despues ha señalado á los otros dos el camino de la sumision á la verdad católica, tomó por asunto la vida de Inocencio III, el segundo la de Gregorio VII, y el tercero las revoluciones del papado, principalmente con respecto á la reforma protestante. ¡Cosa admirable, y cuya razon no puede encontrarse sino en la verdad de nuestra fé! Estos asuntos, tan peligrosos á causa de las prevenciones y calumnias del último siglo, y que los mismos católicos no se atrevian á tocar, se han convertido en la pluma concienzuda, aunque hostil por posicion, de los tres citados escritores protestantes, en honor del catolicismo y en prueba de su verdad ante la razon. ¡Qué destino es, pues, el de esa Iglesia, que cuando se ve, despues de tantos siglos, ultrajada por sus propios hijos, encuentra vengadores en los que habian sido hasta entonces sus adversarios, y ve que en el dia le dan gloria los herederos de los que tanto se la disputaron hace trescientos años!

Pero lo mas notable es el eco que este homenaje, salido de la protestante Alemania, ha encontrado en Inglaterra, en la que, como todo el mundo sabe, se ha apoderado de las mismas eminencias científicas un gran movimiento de retorno hácia el catolicismo.

Un hombre de estado de este ilustre pais, que tomó parte, como ministro de la guerra, en sus consejos; un publicista de los mas distinguidos, cuya pluma enriquece sus revistas, M. Macauley, se ha aprovechado de la obra de Ranke para decir la verdad acerca de la Iglesia católica, tal como se nos presenta en la sucesion de las revoluciones que ha ido atravesando hasta nuestros dias. Su testimonio es tanto mas poderoso, cuanto que no se halla aún libre de las prevenciones de su secta, y se halla sobre esa pendiente de retorno á la verdad, por la cual discurren en el dia tantos buenos talentos, y hácia